

# Cultura y Democracia

Abundan los comentarios acerca de la notoria incapacidad de muchos de nuestros representantes y del alvido en que quedan personas reconocidas como muy capaces en la última elección de diputados.

Esto se puede concebir fríamente y sin que de lugar a perplejidades. Para muchos el asunto no resulta, fundamentalmente, un problema de cultura.

En el régimen representativo la cultura popular debe necesariamente reflejarse en los funcionarios del Estado. Si el elector es incapaz de hacer una buena elección, el elegido también será incapaz de cumplir una buena función como gobernante.

Es casi un axioma. Si el que elige lo hace mal, el elegido será malo. Elector y elegido estarán siempre en una relación directa.

Y el pueblo necesariamente debe ser inculco en materia política. Baste tener bien tino tiene aún que no se ha dejado arrastrar por la charanga brillanguera de algunos políticos sudices, y no nos ha dado un espectáculo tan triste como el del 6 de setiembre.

Nuestro pueblo ama la libertad; contra la dictadura y el motín está bien prevenido y desde que punto de vista cree que podemos tener confianza ciudadana. Pero no es la dictadura y el motín lo que más pervierte a un régimen. Estos fenómenos, como otros pasados en la guerra y en una convulsión violenta, generalmente pasan, dejándose su rastro de sangre, pero dejando también las cosas como estaban. Es el caso de los gobiernos de Urquiza e Báldez; es el caso de todos los regímenes de fuerza que de cerca o de lejos hemos podido apreciar.

Hay otro peligro más grave y más difícil de conjurar que la dictadura y el motín y que constituye la democracia corrompiendo sus propios fundamentos, corrompiendo la soberanía popular, es el peligro siempre amenazante de la demagogia.

El régimen de fuerza no afecta la pura democracia del pueblo, es generalmente una situación de hecho que embota los derechos de los individuos, pero que una vez desahorada no los lesiona al dejarlos otra vez libres. Cada elector del pueblo es tan soberano como antes.

En cambio el demagogo, con más apariencias de legalidad, con menos responsabilidad efectiva, con más acercamiento artificial para con el pueblo, adula los electores, prometiéndoles lo que no tiene ni tuvo nunca, va poco a poco minando las bases de la soberanía nacional. Así se corrompe al elector y se constituye el acto del sufragio.

Hace ver al elector que el voto es un arma de convulsión personal; que un voto o varios votos valen un empleo o una situación privilegiada. Y así vemos elegidos por ese medio, que ostentando a cuatro vientos su incapacidad absoluta en un aire estatuario, serenos, incapaces de arrollar

nan en una batana del Parlamento dislocando su incapacidad con signos que otra sombía.

Si fuera este un caso excepcional no nos llamaría la atención puesto que en cualquier parte; pero el caso es que el hecho se generaliza y el mal se agrava.

Está el otro tipo de demagogo, no el aficionado del párrafo anterior, sino el barrullero, el que grita, que charra, que se mueve, que hace chistes fútiles de cualquier cosa; que se ganó la diputación acordando amigos de las comisarías, tramitando pensiones y segundo sueldo. Ese habla, difama, calumnia y grita; es incapaz, mucho más incapaz que el otro porque no hace ni deja hacer. El silencio y el barrullido son dos tipos opuestos, pero ambos son dos formas del demagogo. Uno fue demagogo antes de ser elegido; el otro lo fue antes y lo sigue siendo después. Uno expuso o no expuso principios; el otro los proclamó sabiendo de antemano falsos. Uno se valió de su dinero o de su persona conocida, o de su prestigio de burro o de pago; el otro no reparó en ningún medio y tanto uno como otro constituyen dos calidades políticas.

Hay otro tipo de político, que hoy está haciendo época. Es el candidato, el "jeffo civil", el que cree que en su persona se condensa el ideal de un partido, el que recuerda épocas de dolor pasado para ganar el sentimiento y la admiración haciendo de la víctima. Exploita el personalismo; no lleva ideas; no lleva programa de acción; no lleva propiedades; no define su posición; cree o quiere hacer creer que su persona por sí lo resolverá todo; que será la panacea, el remedio universal.

De esos tres tipos de demagogos tenemos en todos los partidos políticos y en el nuestro, desgraciadamente, los hay en abundancia.

Y lo triste del caso es que los vemos engañados por el voto popular; que van representando al pueblo, a dirigir los destinos del país.

Entonces ¿por qué el pueblo vota tales candidatos? Los vota por desconocimiento elemental de su función de ciudadanos; en una palabra, por ignorancia.

"Templar la fibra partidaria", prometer discursos "de barricada", hacerse amigo del elector, comprometer primero y luego agradecer su voto, golpear la espalda, "quedar a las órdenes", dar algún puñito a expensas del erario público, eso con las medidas de que el demagogo se vale; y con esos medios se conquistó al elector. Esa es la realidad de las cosas. Y dando por supuesto éste ¿hay por qué temer al decir que se embuza al elector porque es ignorante? Y siendo esa situación fruto de la ignorancia ¿no es en el fondo la profilaxis de ese mal, del mal de la demagogia, un problema de cultura?

Esto nos dará tema para la próxima vez

JULIO CASTRO.